TRAGEDIA.

LA HORMESINDA.

EN CINCO ACTOS.

De D. Nicolás Fernandez de Moratin, Criado de S. M.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA SEGUNDA IMPRESION.

ACTORES.

Pelayo.	*Munuza.*
Hormesinda.	*Zulema.*
Trasamundo.	*Tulga.*
Gaudiosa.	*Guardias de Munuza.*
Elvira.	*Guardias de Pelayo.*
Ferrandez.	

ACTO I.

SCENA I.

Hormesinda y Elvira.

Elv. BElla Hormesinda, templa el sentimiento,
suspende tu continuo y triste llanto;
dá lugar al consuelo, amada, y tanto
no llores y suspires, afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
en volver à Gijón: su brazo heroico
dexará la insolencia castigada
del tirano Munuza: tú vengada
por su acero serás: no desconfies,
y vuelve à serenar el rostro bello,
que contemplan los miseros christianos
como unica señal de la fortuna.
La miseria en que gimen importuna
consuelan con mirarte como hermana
de Pelayo, su asilo y su esperanza;
y así, porque su aliento no desmaye,
suspende el llanto, esfuerza la alegria.

Horm. ¿Cómo podré alegrarme, Elvira mia,
ni como facil es que se consuele
la infeliz Hormesinda, que infamada
se mira por un barbaro villano?

Elv. No es qual juzgas tan aspero tirano,
su mucho amor cegó su entendimiento,
y atropelló con fino atrevimiento
por lo que otro galán no atropellára,
que no fuese tan ciego y tan amante;
pero te dió satisfaccion bastante
en el modo que pudo, pues ufano
solo aspiró à la dicha de tu mano.

Horm. ¿Y cómo era posible que pensára
un Moro vil, infame y atrevido,
entre tostados arabes nacido,
llegar à conseguir fuera su esposa
la hermana de Pelayo? ¿El Gran Pelayo,
que en las funestas margenes del Lete
al africano exercito fué rayo?
Un Moro, que en escuela abominable

los dogmas aprendió torpes y rudos,
con que enseña faláz su errada secta
la falsa religion del vil Profeta,
¿pudiera presumir que una christiana
le admitiera por digno de sus brazos
sacrilega con no licitos lazos?
Ay Elvira! mi barbara fortuna
dió tanta libertad à su deseo,
sin poder los christianos resistirlo.
El verme en el ultrage en que me veo
le prestó alientos. ¿Quién me lo dixera
à mí, quando el obsequio desdeñaba
de tanto Conde godo? Quando fiera
despedí esposos nobles en la Galia,
y me negué à los Principes de Italia.
Ah memoria! Ah memoria! ¡Qué tormento
tan barbaro me das! ¿No soi yo aquella
por quien mas de una vez la RealToledo
de Principes augustos se poblaba?
¿No soi la que los ánimos prendaba
à un tiempo de los godos y españoles?
¿Pues cómo (ay de mi!) pudo un falso Moro
prender mi libertad con torpe nudo?
¿Cómo aspirar à ser mi esposo pudo
quien no merece ser esclavo mio?
Yo, de la sangre Astura descendiente,
con la Real casa Goda emparentada;
yo española y christiana, yo hija amada
de Luz y de Favila, yo heredera
de mil cantabros pueblos y asturianos,
que la vida expondrán por su Señora,
en cautiverio vil me miro ahora!
Elv. Consolarte, Señora, ya procura.
Herm. Que asi se ha malogrado mi hermosura!
Oh cielo santo! Oh temeroso dia!
Qué lobrego amanece! ¡Qué funesto
à una alma triste agena de alegria!
Ay ¡ ¡cómo yo me acuerdo del pasado
tiempo feliz en q̃ hasta el Rey Rodrigo
se vió por mi desdén martirizado!
¡Quántas veces de envidia fué tocada
con desesperacion la hermosa y linda,
aunque infeliz, bellisima Florinda!
¡Quántas veces de mi fué reputada
por infeliz! Mas ay! ¡O quántas veces
vengo à ser yo mas que ella desdichada!
Es esta la fortuna que envidiaron
quando mis fieros emulos juzgaron
que el tálamo real yo le ocupase,
despreciadas las prendas de Egilona,
y estimé en poco entonces la corona!
Elv. Consuelete, Señora, la desdicha
comun que lamentamos: no eres sola;
ya ves la nación inclita española
en su patria cautiva y sojuzgada
por la canalla vil que Africa envia.
¿Quién ignora el conflicto y agonía
de aquella horrenda y pertináz batalla
que de nuestra prision la causa ha sido?
Hai por ventura alguno, à cuyo oído
nuestra infelicidad no haya llegado?
No se escucha en desierto, ni en poblado,
sino quexas y miseros lamentos
de madres infelices y de esposas,
que vagando afligidas y llorosas
en vano con su voz hieren los vientos.
Los hijos de los padres separados,
en hondas y obscurisimas mazmorras
lloran su desventura encadenados.
Los templos, los altares profanados,
sirven ya de pesebres y mezquitas.
No hubo infamias horrendas, ni malditas
que no exerciese el barbaro enemigo;
mas su culpa asegura su castigo,
pues Dios no sufrirá por mucho tiempo
tanta prosperidad en un tirano.
Acaso no está lejos ya tu hermano
en cuyo amparo el cielo se desvela,
y él pondrá fin à tu dolor acerbo.
Herm. Esa esperanza sola me consuela.
Mas qué dirá (ay Elvira!) quando llegue
à comprender Pelayo mi deshonra?
¿Qué dirá quando entienda q̃ engañado
con fingidas promesas, fué enviado
à Cordova à tratar aleves paces?
Ah Munuza! Ah Munuza! q̃ bien haces
en alejarle asi! ¡Mas què sangriento
catastrofe te espera! ¡Quán sediento
de sangre arrancará la espada fuerte!
El estrago menor será tu muerte.
Pero con qué verguenza iré delante
de Pelayo à contarle mis afrentas?

En

En vano, en vano, ò corazon, intentas
esforzarme à decirlo; mas si callo,
muerte, è infamia en mis silencios hallo.
Toda soi confusion, horror soi toda.

Elv. Munuza y Tulga de la sangre goda,
bastardo descendiente y renegado
de la christiana ley, que ha abandonado,
hácia aqui salen.

SCENA II.

Munuza, Tulga y dichas.

Mun. Adorada Infanta,
¿te vas porque yo vengo? ¿Qué te espanta?
No me presento del acero armado,
feróz guerrero con semblante airado;
sumiso busco tu real clemencia
para lograr el fin apetecido,
porque tanto anhelaron mis deseos,
de nuestros empezados hymeneos.

Horm. Munuza, si con fuerza y rito impio,
puedes llamarte al fin esposo mio,
¿qué mas quieres de mi? Ya se ha acabado
quanto en mi cabe: y ojala no fuera
jamás nuestro hymeneo comenzado.
Permiteme llorar: si mi hermosura
ès contigo qual dices poderosa,
dexame lamentar mi desventura.
¿Imaginas que poco has conseguido?

Mun. Juzgo q̃ nada, ò q̃ mui poco ha sido,
mientras no logre ver tu rostro bello
bañado en alegria. Qué? ¿Es posible
que aun no obligó à tu amor la aficion mia?
¿Qué no te he de mirar sin confusiones,
sin lagrimas, suspiros, ni lamentos?
¿Qué no han de tener fin tus sentimientos,
que acrisolan mi amor y fé? ¿Qué nunca
con parpados enjutos he de verte?

Horm. Verás primero mi violenta muerte,
que un agrado: mi ley no lo permite:
antes al centro infiel me precipite
mi desgracia, que yo dé seña alguna
de no acusar tu arrojo temerario.

Mun. Yo, Hormesinda, juzgué mui al contrario
de mi amor verdadero y tu nobleza.
Juzgué que mas prudente tu belleza
no olvidára el blason de agradecida:
sé que de mi piedad es dón tu vida,
y no lo reconoces.

Horm. Ah inhumanos!
q̃ en no matando, imaginais dar vida!
Esta es la condicion de los tiranos,
y esta es, Moro, la tuya.

Mun. Yo amoroso
no he podido hacer mas q̃ ser tu esposo,
y tu me has despreciado: el gran Mahoma
me es testigo fiel, que abandonada
mi lealtad y mi fé, de estas regiones
te quise hacer jurar Reyna y Señora,
poniendo afectuosisimo en tu mano
el cetro del Califa soberano,
quando abatí à pesar de tu fortuna
à tus pies mi soberbia y media Luna.
Estas son las injurias recibidas
por mi; y en recompensa tú me premias
con no correspondientes galardones.

Horm. No malogres, Alcayde, tus razones
con quien no entẽder puede su eficacia,
pues no soi yo absoluta: tengo hermano,
y acaso de Gijón ya está cercano.
El sabrá tus razones y las mias;
y pues en tu bondad tanto confias,
de tus obras espera ciertamente,
que el premio te dará correspondiente.
Vamos, Elvira.

Elv. Sigote, Señora.

SCENA III.

Munuza y Tulga.

Tulg. ¿Querrás, Señor, desengañarte ahora?
Estás ya satisfecho? ¿No conoces
la indomita soberbia de esta gente?
Despechada, ¿qué dudas q̃ ella intente
sino tu perdicion? No, gran Monarca,
tengas seguridad de tu enemigo;
tu vida la asegura su castigo.

Mun. Yo le prometo, y tal q̃ asombro sea
de mugeres ingratas à la dicha,
que en ellas Alá santo en vano emplea.

Tulg. Y aun si evitar pretendes tu ruina,
fuerza es q̃ muera, y tu rigor se abona,

pues muger ofendida no perdona.
¿No advertiste quán fiera y confiada
pone las esperanzas en su hermano?
¿No te he dicho mil veces q̃ es en vano
con la santa piedad rogar à gentes
que ponen en las armas su fortuna?
Menguará la triunfante media Luna
si olvidas el rigor, y si no arrancas
de raiz la semilla aqui escondida
en la fragosidad de estas montañas.

Mun. Nuevo asombro he de ser de las Españas.

Tulg. La reconciliacion jamás esperes
con ellos, pues su ley se lo prohibe.
Rencor eterno en sus entrañas vive,
y yo siempre juzgué por sospechosa
la condicion altiva de Palayo.

Mun. Desde q̃ en Campos de Xerez fué rayo
destrozando las huestes africanas,
no sé con qual horror, con qual asombro
contemplo su semblante; me parece
que algun terrible fin me vaticina:
mas yo pondré por obra su ruina
segun hemos tratado: ya, qual dixe,
por la postrera vez la he suplicado,
y al ver tanto desdén, el amor mio
en aborrecimiento se ha trocado.

Tulg. A estas gentes irrita la clemencia
en lugar de obligarlas: no presumen
que cumplen con su ley, sino aborrecen
con mortal ódio à quantos agarenos
siguen el Alcorán de tu Profeta.
Jamás entre ellos sin desprecio y rabia,
escandalo y horror tu nombre suena.
No presumas que ignore ya Pelayo
quanto ha pasado: acaso la venganza
viene soberbio ya premeditando.

Mun. ¿Y que aprovechará su atrevimiento
contra el poder de la Africa, que rijo
como Gobernador de estas regiones?
Vive Alá sacrosanto, que al momento
que llegue, ha de sufrir violenta muerte
à los agudos filos de mi alfange.
Ni imagine tampoco que no alcance
à su hermana ingratisima mi furia.
No blasonará indemne de la injuria
que hizo en mi à toda la nacion alarbe.
Tulga, por mas horrible, por mas grave
que el lance llegue à ser, tendrás aliento
de apoyar mis vastisimas ideas?

Tulg. Espero, gran Munuza, q̃ aun no creas
lo que obrar me verás: tan grandes cosas
de mi altivéz y espiritu prometo:
pues ya previne las fingidas letras,
de lo qual soi artifice excelente.
Mostrando unos papeles.

Mun. Pues yo à disponer voi, q̃ con secreto
mis ordenes se cumplan.

Tulg. Me es mui facil
saber el corazon de los christianos,
pues aunque abandoné sus ritos vanos,
les ha mi fiel astucia persuadido
que solo soi apostata fingido,
por penetrar la mente del Califa,
y à su intento servir con el secreto.

Mun. Premiaré con los brazos de Xarifa
tu lealtad. Yo, yo te lo prometo.

SCENA IV.

Tulga y Trasamundo.

Tras. Si como dices, Tulga, son tan sanas
tus internas ocultas intenciones,
recibe el parabien: ya à estas regiones
el cielo nos conduxo al gran Pelayo.
Como quien vuelve de un mortal desmayo
los miseros christianos foragidos
recobran los espiritus perdidos
solo en ver à su Principe.

Tulg. Y es cierto
que Pelayo de Cordova ya ha vuelto?

Tras. ¿Pues que no lo acredita mi alegria?
No te lo dice el corazon, que viene
quien nos ha de librar de tirania?
No te alegras que al fin haya venido?

Tulg. Noticia para mi gustosa ha sido;
mas dilatar no puede mi fineza
el ir à saludarle. Trasamundo,
permiteme ir à ver à nuestro Infante.

SCENA V.

Trasamundo y Gaudiosa.

Grad. Cosa notable ha sido que al instante
Pelayo echó de menos à su hermana.

Tras. No lo estraño, Gaudiosa, pues la sangre

avi-

avisa al corazon. ¡Qué cortesana
y dulcemente habló! Pero aqui viene.
Mira, hija mia, al joven valeroso,
restaurador insigne de su patria,
que el cielo destinó para tu esposo:
haz reverencia al Principe de España.

SCENA V.

Pelayo, Ferrandez y dichos.

Pel. Mi admiracion, Ferrandez, no es estraña.
Fer. Aun no sabrá Hormesinda que has venido.
Tras. Nuestro muerto placer ha revivido
con tu presencia: ya las esperanzas
de libertad renacen: ¡qué tardanzas
tan largas nos privaron de tu vista!
Gaud. Desde antes de la barbara conquista,
no lograron mis ojos el consuelo
de mirar tu semblante.
Pel. Sabe el cielo
quán importunamente le he rogado;
pero ay de mi, Princesa! ¡Quán distintos
están los tiempos! ¡Quánto yo he pasado
hasta llegar à conseguir el verte!
Gaud. De nuestra adversa desgraciada suerte
cuentame los sucesos lastimosos,
pues no te puedo oír otras razones,
y te hallaste presente, dí, Pelayo,
de aquella pertináz batalla horrenda
el conflicto, la angustia y el desmayo.
Refiereme quán barbaras naciones
acaudillaba el arrogante Muza.
¿Quien fué aquel que empezó la escaramuza,
y el primero rompió nuestras legiones?
¿Con qué armas Alcamán resplandecia?
¿Cómo eran los caballos que trahía
de Arabia y Persia el Humaní sangriento?
¿Quien fué Ulit? ¿Quán robusto y corpulento
era el caudillo? ¿Cómo gobernaba
las inmensas falanges que mandaba?
Relatame, por fin, quantos estragos,
quantos horrores, quantos homicidios
haya hecho sin piedad con mano impía
por castigo del cielo acá enviado,
Tarif, sobervio y barbaro soldado.
Pel. ¿Por qué me mandas que renueve el triste,
lamentable dolor de aquella historia,
que sirve de martirio à la memoria;
pues tú lo sabes, y lo sabe el mundo?
¿Ni quien podrá sin lagrimas amargas
referirte, Princesa, la agonía,
y el lamentable estrago de aquel dia?
La piedad y el horror confusamente
retiran de mi lengua las palabras.
Ni es posible tampoco que yo cuente
tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras alli mezclarse con espanto
los unos y los otros, confundiendo
armas è insignias con atróz desorden,
y en infernales coleras ardiendo.
Alli en sangriento estrago se miraban
mil lastimas, mil generos de muertes.
Alli los mas robustos y mas fuertes,
en tierra con furor se revolcaban.
Siete veces el sol, siete la luna,
sin cesar admiraron el combate
de que pendió el aumento, ò el remate
de la africana y gotica fortuna;
hasta que (ay Cielos!) al octavo dia,
ò dia triste! ò lugubre, funesto,
indigno de la luz del sol divino!
¡Quién bastará con lagrimas y voces
à ponderar el horroroso estrago
de aquel dia infelíz y desastrado,
que ojála nunca entre los otros cuenten,
y perezca en olvido sepultado,
pues en èl solo se amancilló toda
la altivèz, presuncion y pompa goda!
Al dia octavo. O cielo! ò suerte impia!
Me horrorizo diciendolo: ò amada
patria infeliz! ò España desgraciada!
ò gloria goda! ò generacion fuerte
de temidos varones! ò Rodrigo!
ò amor impuro, origen del castigo!
ò antigua Religion! ò culto santo!
No puedo referirlo sin que el llanto
confunda mis acentos: el infame
traidor Julian apostata, y los hijos
del lascivo VVitiza y el Prelado,
que entregó al voráz lobo el fiel ganado,
pasaronse al contrario. Desde entonces
fuè

fué la ruína total de los christianos :
en montes transformandose los llanos,
de hacinados cadaveres son pira.
Murió alli Atanagildo por la ira
del furioso Alboál : murió Ildefonso
al rigor de Muley : mi primo Andeca
el anima exaló por el impulso
de la diestra fatal del vil Audalla.
O almas nobles! que en esta cruel batalla,
no al valor , sino al numero cedisteis,
mi desesperacion y arrojo visteis.
No vivo de cobarde : sed testigos
de que no evité el riesgo mas urgente.
No sè si fué cruel , ò fué clemente
conmigo el cielo : entonces no le plugo
llevar mi vida : quiso que yo solo
quedase por testigo del sangriento
destrozo lamentable de mi patria.
Me abalancé mil veces con intento
de morir, ni temblaba aunque mil veces
contra mi pecho viese ya enristrada
la lanza del Tarif ensangrentada.
Mas tú preguntarás , quál haya sido
el suceso del Rey : en tanto tiempo
como duró el combate , ni podido
verle yo habia : al fin se me presenta
casi al morir la luz del postrer dia.
Pero ah cielos! ¡q horrible y demudado!
Ay de mi, qual estaba ! Y quán trocado
de aquel Rodrigo, à quien Toledo augusta
vió en las fiestas de galas adornado !
La faz terrible , pálida y adusta,
todo sangriento, y del sudor y el polvo
y heridas con horror desfigurado.
La barba hierta , sucio y erizado
tenia el cabello, que empapado en sangre,
agena y propia en hilos destilaba.
Lloroso , triste , acongojado estaba
con el manto real todo rasgado,
y la corona ya no la tenia.
Del carro de marfil saltado habia,
porque grandes montones de difuntos
el curso de las ruedas impedian,
y con largos gemidos y profundos
tristisimos suspiros , sollozando
dice : ò Pelayo ! todo lo perdimos :
fuimos un tiempo godos y vencimos :
fué Toledo , fué España, fué Rodrigo ;
mas Dios de mi lascivia por castigo
contra mi levantó quantas naciones
la media Luna en Africa y en Asia
tremolan en sus barbaros pendones.
A Damasco de Syria y à la Arabia
el gotico poder ha trasladado.
Huye , hijo de Favila , que encargado
te dexo el Reyno : tú eres la esperanza
de nuestra Religion, que yo he perdido;
mas voy por mi castigo merecido,
pues injusto violé las sacras leyes ;
y en mi infortunio escarmentad, ò Reyes.
Dixo, y viendo à Tarif quan orgulloso,
con homicidios mil iba insolente
gritando furibundo , à grandes voces,
dando aliento à sus barbaros soldados,
para mas no volver ante mis ojos,
á matarle , ò morir determinado :
por el tropel de las confusas armas
batió el hijar à Orelia su caballo,
y se arroja al contrario , poderoso,
audáz , desesperado y espantoso.
Yá à todas partes que me vuelvo , veo
mezclarse con mil llantos la ruina
del vando fiel , y el barbaro trofeo.
Por el campo tendidos se veían
cuerpos de Capitanes , de Magnates
despedazados y sangrientos bustos,
cadaveres de jovenes robustos.
Guadalete en sus ondas revolvia
turbio ya con la sangre , los penachos,
los caballos y escudos de Barones.
Ya el furor de las arabes legiones,
roto el campo , el Monarca fugitivo,
cebada el ansia en su riqueza inmensa,
tenia por el suelo destrozadas
las tiendas de Rodrigo saqueadas.
Pero porque en contarte me detengo
el suceso fatal ? La gente goda,
que la Roca Tarpeya humilló un tiempo:
La que invencible sojuzgó , poniendo
coyunda à la cerviz del Capitolio,
cayó abatida : fué el honor perdido :
la patria à esclavitud se ha reducido,
con mortandad horrible de sus fuertes
hijos amados : la Religion santa,
que

que nueſtros padres con fervor y tanta
veneracion ſiguieron tantos años,
todo violado fué por dos eſtraños.
Y aſi lloran ſus hijos profanados
los templos ſacroſantos : los altares
y los vaſos divinos ultrajados :
violadas las purezas virginales,
y la nacion cautiva y aherrojada
en poder mas ſacrilego y tirano,
(ſin que Dios ofendido ſe le eſtorbe)
de la nacion mas barbara del orbe.
Todo, al fin, ſe perdió. ¿Pero q̃ es eſto?
Princeſa, te enterneces ? ¿Y voſotros
ſentis tambien el pecho laſtimado ?

Traſ. ¿De qué generacion ſerá engendrado,
de qual oſa fierisima nacido,
qualquiera que no ſe haya enternecido
habiendo nueſtra laſtima eſcuchado ?

Fer. Yo eſtoy abſorto y todo conturbado.

Gaud. No puedo mas con mi dolor. O Patria !
O antigua libertad ! O rito ſanto !
Dexadme retirar porque yo ſola
la rienda ſuelte amargamente al llanto,

SCENA VII.

Pelayo, Traſamundo y Ferrandez.

Traſ. Si aqui finalizára el deſconſuelo,
fuera el daño menor : pero ah Pelayo!
que aun hai mas grande mal.

Pel. Señor, qué dices ?

Fer. Mayor mal, Traſamundo, es impoſible.

Pel. ¡Que aun tiene fuerzas el rigor del hado !

Traſ. Eſe gran corazon acoſtumbrado,
prevenle para el golpe mas horrible,
que acaſo nunca habrás imaginado.

Pel. Si el haberſe mi hermana retirado
de mi preſencia, à tiempo q̃ yo vengo,
es indicio fatal : ya me prevengo
à morir de dolor : mi vida acabe
al barbaro rigor de mal tan grave.
Di, Traſamundo, que te oiré conſtante.

Traſ. Hai coſas que es preciſo dilatarlas;
y aſi perdona mi ſilencio, Infante,
q̃ el reſpeto y la afrenta me acobardan.
La cauſa de eſte mal, Munuza, ſabe:
de él te importa ſaberlo : mejor puede
que ninguno informarte.

Pel. Santos cielos !
Qué mas quereis de mi? No me baſtaba
ver lo viſto, llorar lo que he llorado ;
ſino que quando al puerto ye ha llegado
juzgando hallar bonanza fugitivo
de la mar borraſcoſa y turbulenta,
encuentro aqui mas braba la tormenta!

ACTO II.

SCENA I.

Pelayo y Ferrandez.

Fer. No te entregues, Pelayo, al ſentimiento
con tal obſtinacion : nueſtro contento
eſtriva ſolo en ti : tu roſtro miran
los miſeros chriſtianos, que ſuſpiran
en vil eſclavitud ; y ſi afligido
te imaginan, ſu zelo, ſu eſperanza
y todo ſu valor eſtá perdido.

Pel. Si con la muerte el mal q̃ me amenaza
pudiera remediar, dichoſa ſuerte
fuera la mia en conſeguir la muerte.

Fer. Munuza de ſu gente acompañado
viene hácia eſte lugar : el retirarte
diſcurro que ſerá mas acertado.
No ſin la pompa y tren correſpondientes
de dadivas, eſclavos y preſentes
llegues à ſu preſencia : mucho abona
la oſtentacion y fauſto à la perſona.

SCENA II.

Ferrandez, Munuza, Tulga y Zulema.

Fer. Pelayo, mi Señor, de ſu embaxada
acaba de llegar, y la licencia
aguarda de ponerſe en tu preſencia.

Mun. No ſolo à mi permiſo, à mi deſeo,
Pelayo es acrehedor : di, que impaciente
el rato viviré que no le veo.

Fer. Vendrá à gozar tal dicha preſtamente.

SCENA III.

Munuza, Tulga y Zulema.

Mun. Ah ! cómo ſus freneticos intentos
le atajaré yo pronto ! Ah ! quán uſano
le

le abatiré los altos pensamientos!

Zul. Todo quanto emprendieres, gran Munuza,
será à tu valor facil: mi persona
tus ordenes aguarda solamente
para que al vil christiano, al insolente
necio despreciador de la fortuna
dé à entender, q́ à la cruz de su Profeta
del nuestro humillará la media Luna.

Mun. Su exterminio fatal he decretado.

Zul. La beldad que Pelayo ha destinado
para su esposa, ocupará mi lecho,
de todos los christianos à despecho,
si me ayuda el poder del gran Mahoma.
Mi corazon terrible solo doma
su vista soberana, desde el punto
que acaudillando la valiente tropa,
q́ el sagrado Alcorán à fuerza de armas
introduxo en los terminos de Europa,
su Palacio abrasé, que en las montañas
puestas al Septentrion de las Españas,
era defensa à foragida gente.
Pero ah cielos! ¡Y quan mas vorazmente
mi pecho se abrasó con su hermosura!

Mun. Zulema, el lograr de ella te asegura
el suceso feliz, que pronto espero.

Tulg. Si el parecer admites, q́ te ha dado
tu mas fiel y sumiso consejero,
presto, Munuza, te verás vengado.

Mun. Su exterminio fatal he decretado:
el disimulo importa solamente.

SCENA IV.

Pelayo con varios presentes. Munuza, Zulema, Ferrandez, Tulga y acompañamiento de moros y christianos.

Pel. Gracias, Señor, al sumo Omnipotente,
que salvo à tu presencia me conduxo.

Mun. Pelayo, Alá te salve: no reuses
admitir sino los estrechos lazos
con que te brindan mis amantes brazos.

Pel. En ellos se confirme la firmeza
de nuestra amistad fiel, de la alianza
y confederacion establecida
entre nosotros. Alahor, que el mando
está en nombre de Ulit exercitando
por substituto suyo en las Españas,
salud y paz de Cordova te envia.

Mun. A Alahor y à Pelayo la fé mia
siempre agradecerá lo que es debido.

Pel. Pequeña muestra de su amor ha sido
la fineza que ves: con ser tan grande
es menor que su afecto.

Mun. La fineza
mayor que pudo hacerme, fué enviarme
un amigo tan fiel, que tanto estimo.
Pero ah cielo! Por qué no permitiste
que reciba à Palayo menos triste!

Pel. Qué te altera, Munuza? Qué? ¿Imaginas
que acaso han blandamente afeminado
las delicias de Cordova mi pecho?
De nuestra amistad firme el nudo estrecho
aflojas, sino rompes, acusando
mi falta de valor con tu tristeza.
La pena mas horrible, la fiereza
de todos los abismos conjurados,
en vano asaltarán mi pecho heroico
à poder de trabajos inflexible.

Mun. Sé tu valor, tu espiritú invencible,
y tu sangre real: eso me anima
à no escusarte el golpe mas horrible
que imaginado habrás: no lo fiára
de menor corazon, aunque importára;
mas, si posible fuera, ni à otro alguno,
aunque igual amistad con él tubiera.

Pel. No me tengas suspenso, ni impaciente.

Mun. Tulga, Zulema, retirad la gente,
y todos despejad.

Pel. Ferrandez, pronto
mandalos apartar.

SCENA V.

Munuza y Pelayo.

Mun. Estamos solos?

Pel. Segun parece nadie nos escucha.

Mun. Verás si de tu mal la causa es mucha;
pero es tal, ò Pelayo, que recelo
que mi verdad peligre en tus oídos,
pues no parecen tal, sino fingidos
por maligna traicion de amigo falso
los sucesos que oirás, si valor tienes
de escuchar una infamia tan horrenda.

Pel. Una infamia! Qué es esto! ¡Tan tremenda
es mi suerte, que aun juzgas que me falte

constancia para oirla? ¡Qué es posible
que no me faltó el animo, aunque viese
el ultimo conflicto de mi patria!
¡Qué he visto con asiento no turbado
mi sangre derramar! Que vi mi estado
con fuego arder: mis gentes degolladas:
cautivos los christianos infelices:
las Basilicas santas profanadas,
y nunca me faltó valor heroico;
¿y aun de mi dudas? ¿Cómo tanto tarda
siendo tan grande el daño q̃ me aguarda?

Mun. Pues, gran Pelayo, no de alevosia
quiero me acuses tu la amistad mia,
que lo fuera mui grande mi silencio.
Tu persona y estirpe reverencio,
y no es bien q̃ un borron en ti consienta.
Hermesinda, tu hermana, poco atenta
al decoro y blason de su prosapia,
que à costa de peligros tu mantienes,
fragil como muger, de los desdenes
no se armó, qual debiera: esto fué causa
de que (tu honor manchando) cometiese
el mas torpe y mas vil de los deslices.

Pel. Tente, Munuza barbaro, qué dices?

Mun. ¿Conocerás las firmas de tu hermana?
Pues por ellas sabrás...

Pel. Será posible!...
Mi hermana infiel! Qué horror? ¿Qué dices, Moro?

Mun. Me estremezco al decirtelo. Confieso
que es noticia cruél; pero por eso
te la dice un amigo.

Pel Cielo santo!
mucho mal esperaba; mas no tanto.
Para esto de las armas espantosas
tu piedad me libro? ¿Para este golpe
conservaste mi vida? ¡O quánto fuera
mejor morir en la batalla fiera,
q̃ no ver mi deshonra! O Dios eterno,
porque no fué à Pelayo permitido
quedar en Campos de Xeréz tendido,
donde tantos varones eminentes
murieron por la patria: donde yace
en flor el hermosissimo Leandro,
Theodoro y Ranimiro, y los valientes
Iñigo y Sancho! Oh! Jarafin soberbio,
el mas cruel del exercito africano,
¿porqué no exalé esta ánima mezquina
al rigor de tu invicta y diestra mano?
¿O porque no despedazó mi cuerpo
quando con filo agudo y radiante
tantos christianos miseros desgarra
de Tarif la espantosa cimitarra?
O la tuya, Alboal, Capitan bravo
de los fuertes Maliques Alabeces?
Oh! bienaventurados muchas veces
los que alli fenecieron trastornados
de las sangrientas turbulentas ondas
del Guadalete, que llevó con saña
tanto cuerpo difunto al mar de España!

Mun. Pelayo, à tus promesas corresponden
esos estremos mal: ¿no blasonabas
de corazon de porfido invencible?

Pel. ¿Quien pensára que pena tan horrible
me hubiese de asaltar? La muerte fiera,
de barbaros tormentos motivada,
es lo que yo no temo: horror mas grande,
si acaso puede haberle, despreciaba;
pero tanto dolor no imaginaba,
ni à mi nobleza obliga el sufrimiento.
Mas cómo sin vengarme ni un momento
puedo vivir? Pero, Munuza, dime:
es posible, que es cierto, que no hai duda,
que no te has engañado, que evidente
es quanto de Hormesinda me has contado?

Mun. Es el suceso tal, que yo no en vano
de mi verdad juzgué que dudarias.
Pero dime, Pelayo, ¿te confias
de la fiel amistad que te profeso?

Pel. Sé tu amistad y mi desgracia, y eso
me confirma en mi mal. ¿Qué pena fuera
la que à mi corazon no acometiera?
¿Qual dolor me faltó para acabarme?

Mun. Aunque para contigo acreditarme
no necesito apoyo, es buen testigo
de mi verdad Zulema.

Pel. Qué? ¿Zulema
tambien lo sabe ya? ¿Qué tan estrema
es mi infelicidad, que aun el consuelo
de ser oculta me ha negado el cielo?
¡Y qué infame he de ser publicamente!

Mun. Conozco tu razon: no me consiente
mi amistad verte con serenos ojos.
Verás las firmas, de mi fé testigos,
y Alá santo dirija tu venganza.

SCENA VI.

Pelayo y Ferrandez.

Fer. Y à tu infiel pecho el hierro de mi lanza. *ap.*

Pel. Qué es lo q̃ me ſucede! Acaſo el cielo
conjuró contra mi todos los males
para rendir mi pecho ſolamente!
Tan grande es mi ſoberbia! Tan valiente
contra el cielo mi eſpiritu ha moſtrado,
que tanto en abatirle ſe ha empeñado!
¡Qué no baſta un dolor para rendirme!
¡Qué tantos han de ſer y los mayores!
¿Mas cómo inutilmente mis furores
al ayre deſperdicio? ¿Cómo tengo
valor para mirarme? ¿Cómo un punto
vivo afrentado? ¿Quien me ofende muera. *Quiere irſe.*

Fer. Señor, adonde vas?

Pel. El que no quiera
conmigo de leal perder el nombre,
no me detenga.

Fer. Dexa que me aſombre
de tal reſolucion; y en premio ſolo
de mis ſervicios, la atencion merezca
de eſcucharme un inſtante.

Pel. Como ignoras
la cauſa de mi mal, y es impoſible
quepa en mi boca, aunque en mi pecho cabe,
me intentas detener; ſi lo ſupieras
de cobarde à mi brazo reprendieras.

Fer. Ningun dólo, ninguna alevosía
por Munuza y los ſuyos fabricada,
de mi noticia huyó.

Pel. ¿Cómo en Munuza
caber puede traicion, ni en mi conſuelo?

Fer. Señor, ſi eſcuchas, apiadado el cielo
quizá abrirá camino.

Pel. ¿Qué camino
ſin matar, ò morir ha de encontrarſe?

Fer. ¿Mas qual obligacion mandó fiarſe
de un infiel tan del todo?

Pel. No equivoques
las coſas malicioſo: no los ritos,
no la contraria Religion al hombre
con el otro hombre à ſer infiel obliga,
ni impide que la ley cada qual ſiga,
que halló en ſu educacion, ò ſu deſtino,
(arcano que venero, y no examino)
para q̃ el pecho, à quien razon gobierna,
ſenſible à la amiſtad, al fin humano,
correſponda, à peſar del dogma vano.

Fer. Si el penſamiento noble y generoſo,
que adorna la grande alma de Pelayo,
ſe difundiera en todos igualmente,
penſáras ſin error.

Pel. ¿No has eſcuchado,
que el miſmo Traſamundo, q̃ encargado
de Hormeſinda quedó, tembló al decirme
ſu culpa? Aun quando fueſe aleve el Moro,
tambien ſerá el chriſtiano delinquente.

Fer. Cielos! Qué confuſion!

Pel. No me conſiente
mi impaciencia eſperar... Pero qué miro?
Qué aſombro! Qué furor! Cómo mi hermana
ſe atreve ſin honor... ¿Porque liviana
à buſcar mi preſencia...

Fer. Gran Pelayo,
eſperanza y blaſon de nueſtra gente:
ſi eres heroico, ſi qual firme rayo
de luz, de Ciudaſvintho, y Recaredo,
la iluſtre ſangre enardeció tu pecho;
dame palabra de eſcuchar templado
la razon de Hormeſinda, ò de tu planta
no me levantaré.

Pel. Deſconfiado
prometo la atencion; mas no es poſible.

SCENA VII.

Hormeſinda, Elvira y dichos.

Elv. Llega, Señora.

Horm. ¡Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! De la congoja
desfallezco temblando: ſoi de hielo.

Pel. Su delito la aumenta el deſconſuelo.

Fer. No es delito el rubor.

Horm. Señor... hermano...
Qué digo? Ay infeliz!

Pel. En vano, en vano
me apellidas con nombre que aborrezco.

Horm. Ay cielos! Qué es de mi! ¿Qué no merezco
ni atencion, ni piedad? Qué es eſto? Cómo

los

los ojos vuelves con airado rostro ?
Hermano ! O dulce hermano !
Pel. Infiel hermana !
Horm. Qué nueva ansia! ¡Qué barbaro tormento
de nuevo me acomete! Quando aliento
de mi hermano me dió la confianza,
hallo este alivio ! ¿Es esta la esperanza
que en ti fundé, Pelayo ?
Pel. ¿Qué mas quieres
que ver que con indigna tolerancia,
viendote sin honor, mire primero
tus lagrimas fingidas, que tu sangre ?
Pero remedie el vengador acero
mi tardanza y tu culpa.
Elv. Cielo santo !
Horm. Ay de mi !
Fer. Tén la cólera y la espada
por mi, por ella y la palabra dada.
Pel. Pues ya que de leal, ò de imprudente
me intentas detener, recto Juez quiero
su descargo escuchar. Nunca se cuente
que hubo Juez sordo: ni la mas violenta
pasion obste al que aspira à justiciero.
¿Mas q̃ disculpa (ò cielos!) dar intenta?
¿Cómo es posible hallarla? O si la hallára!
Qué feliz fuera yo ! Pero son vanos
inutiles deseos. Di, infelice,
desgraciada muger; q̃ hermana es nombre
que se estremece el labio, si lo dice.
Di: ¿son estos los frutos de tan grandes
trabajos por la patria tolerados ?
¿Son estos los laureles deshojados
sobre nuestra prosapia generosa ?
¿Es posible que es esa tu alevosa
sangre, sangre del justo Recaredo ?
¿Qué en medio de la cólera espantosa
q̃ oprime à tu nacion, tu iniqua, puedas
mirar su ruína con enjutos ojos ?
¿Qué no tiembles de horror viendo despojos
de la muerte à los tuyos? ¿Qué à Isidoro,
tu joven primo, en piezas dividieron?
Murió gritando el bravo Theudiselo
del estrivo arrastrando, y su caballo
le lleva rebolcandose en el suelo ?
Qué...
Fer. Escuchala, Señor. *Deteniendole.*
Elv. Piedad, Infante.
Pel. ¿Quál puede ser satisfaccion bastante
de crimen tan horrendo? ¿Así mantienes
el honor de tu estirpe y de mi vida ?
Para esto ver de Cordova yo he vuelto,
y Abdalasis mi cuello ha perdonado ?
¿Qué en poco tiempo que falté à tu lado
mas perdiste, que en tantos infortunios
con inmensas fatigas yo he ganado ?
O ley barbara, injusta ! O imprudente
Legislador, que promulgó primero
la ley cruel, que el credito y la fama
por la virtud mil siglos conservados
pendan de los volubles pareceres
de la fragilidad de las mugeres !
Mas no pudo embotar con fieros hados
la punta à las durisimas espadas.
Horm. Hermano... Ay de mi triste ! Infante... Hermano...
Yo... sí... Qué horror ! No hai culpa...
Quién pensára...
Esto esperé... este apoyo... amparo vano..
Triunfará mi enemigo... angustia rara....
Despues de mis desdichas... Esto solo
faltaba à mi dolor... Desamparada
y ofendida... Oh rigor! ¿A quien los ojos
funestos volveré ? Ya, ya el aliento
me falta, y yo tambien muero.
Cae desmayada.
Fer. Al momento
socorred à la Infanta.
Elv. Ay Dios ! Ay triste ! *Retiranla.*
Pel. Sufrirlo puedo apenas ; ¿pero viste
qual la puso en el ultimo conflicto
solamente el horror de su delito ?
Son Munuza, Zulema, ni los Moros
los que lo dicen solos ? Trasamundo,
y ella misma, que es mas, no lo públíca
con la propia afliccion de su deshonra ?
¿Qué suplicio mas fiero à un delinquente
habrá, que hacerle su maldad presente ?
¿Y habrá quien se me oponga à su castigo?
Fer. Yo, Señor, te suplico...
Pel. Qué enemigo
aun serás de mi honor y mi reposo ?
¿Qué mas indicio quieres ?

SCENA VIII.

Trasamundo y dichos.

Tras. Valeroso
Principe nuestro : pues la ocasion llega
no la malogre, ni vengar dilares
la afrenta de tu hermana. Fué el suceso...
Pel. Cielos ! Otro dolor ! Señor, no trates
tan funestos asuntos : la sangrienta
venganza que yo tome, te asegure
de q̃ estoy ya informado de mi afrenta:
no tu me lo renueves.
Tras. ¡Informado
estás, y con verdad ?
Pel. Ya nada ignoro.
Tras. De lengua fiel ?
Pel. El gran Dios que yo adoro
dirigirá mi brazo.
Tras. ¿Y te parece
que hice bien en callartela ?
Pel. Merece
tu lealtad mil premios.
Tras. ¿Se creyera
deliro tan atróz y abominable ?
Pel. Tan solo contra mí posible fuera...
Tras. ¿Què dirá el mundo? ¡O crimen execrable !
Pel. Verás oy mi venganza.
Tras. Mis consejos,
mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,
estamos à tal Principe obedientes.
¿Y oy ha de ser ?
Pel. Los ultimos reflexos
no verèmos del sol, sin que yo fiero
la venganza execute y justiciero.
Tras. Dispon de nuestros bienes y las vidas,
que ya son tuyas : un deseo ardiente
reyna en nosotros de mirar cumplidas
tus venganzas, y verte satisfecho.
Fer. Solo la confusion reyna en mi pecho.

ACTO III.

SCENA I.

Pelayo, Gaudiosa, Trasamundo y Ferrandez.

Gaud. ¿Es posible, Señor, que la fortuna
nos mire tan adversa, que vencidos
peligros tan inmensos, parecia
que fuese à amanecer un claro dia,
y en nuevo horror nos vemos sumergidos ?
¡Qué apenas los altares se ocultaban,
quemado el santo incienso, que ofrecia
por tu llegada, quando ya sus iras
parece que el abismo ha conjurado
contra nosotros !
Pel. Al corazon fuerte,
Princesa, asi los cielos han querido,
y asi porque le quieren le acrisolan.
No fuera yo de tu grandeza digno
con menos fieros males agitado.
Aqui te ofrezco un pecho acostumbrado
à mas terribles penas que la muerte ;
y ojalá que à tus plantas ofrecerte
pudiera, como yo pensé algun dia,
los Reynos de los Godos estendidos
desde la ardiente Libia hasta Narbona.
Gaud. Tan solo à tu virtud, no à la Corona,
Señor, aspiro en tí : de mi amor casto
no son precio los Cetros de los Godos,
ni el Imperio Oriental : si dable fuera
que yo tus infortunios no sintiera,
la ocasion celebrára, que ya tengo
de mostrar que es à tí, no al poderío,
ni à laPurpura sacra el amor mio.
Pel. Basta, Princesa. ¡O quien se halláre ahora
digno de tales voces ! Mi desgracia
aun no es de tan gran bien merecedora.

Vase Gaudiosa.

Tras. Los Astures y Cantabros famosos,
(pueblo indomable, escandalo de Roma)
à inclinar la cerviz poco enseñados,
con tardía cadena mal atados,
buscan tus pies humildes, todos claman
por su Señor, por todos sus ancianos
la Religion, la vida, las haciendas,
y el alma depositan en tus manos.
Pel. El principio ha de ser à las hazañas
de la restauracion de las Españas
mi venganza primero : en este dia
diles que admitiré la grande ofrenda
despues que vengue yo la afrenta mia.
Tras. Corto espacio imagino al grande intento.

So-

Pel. Sobra à mi pundonor, sobra à mi aliento.
Traf. No desapruebo el noble ardor; mas dudo
de la celeridad.
Pel. Señor, no dudes,
ni pienses que la vida considero
mas que como castigo de mi afrenta,
mientras vive el culpado impunemente.
Ni imagine Gaudiosa que yo intente
ofrecerla (qué horror!) mi enjuta mano
no humecida con aleve sangre.
Traf. Yo admito ese contrato, sí, y lo juro.
Qué grande alma! Qué heroico! ¡Cielo santo!
Y vos, inteligencias celestiales,
en cuya proteccion espera España,
vuestra piedad venero. Tan del todo
no aniquilasteis el aliento godo,
quando en medio de tales infortunios
conservais, à pesar del moro ardiente,
juventud tan heroica y tan valiente!
Vive dichoso, ò joven! Quién pudiera
seguirte con mas firme y velóz planta
como en la edad pasada, quando al moro,
que ya está à mis heridas enseñado,
le hice volver al Africa gimiendo,
y el estrecho cogí con sus navios,
caliente con su sangre, y al Rey Vamba
presenté de Bucesa el rico alfange.
¡O quién tubiera aquel antiguo brio,
la juventud gallarda y floreciente
de aquel tiempo! ¡O que tiempo tan dichoso!
Quando contra Hilderico sedicioso
el justo Vamba al falso Conde Paulo
envió à las Galias, y el aleve Conde
amotinó el Exercito: en persona
fué el Rey à castigarle, y yo à su lado,
y el piadoso Monarca solamente
se limitó à quitarle el talabarte,
q̃ à mi me puso con sus propias manos,
el mismo que del hombro está pendiente.
Veisle aqui, y las insignias y el escudo
de su perfido dueño: en dias solo
como éste en q̃ Pelayo à vernos vuelve
le uso, al cuidado está de mi Gaudiosa.
Con él la vez postrera (¡ò dolorosa
memoria!) fui à ver al Rey Rodrigo,
que no le he visto mas: Qué lozanía
mostraba yo con él en algun tiempo!
A Pelayo en un todo parecia.
Asi marchaba, y me planté á ese modo:
asi sobre las armas descansaba
quando alguno me habló. Mas qué simplezas
digo? Perdona, Infante, à un triste anciano,
que es este nuestro genio.
Pel. No lo sano
del discurso me aparta: otros asuntos
me retiran, Señor, de tu presencia.

SCENA II.

Ferrandez y Trasamundo.

Fer. Trasamundo, à tu zelo y tu prudencia
toca evitar gran mal; sin duda alguna.
Mucho engaño padece nuestro Infante:
yo procuré advertirle, y no me escucha.
Tus canas... tu consejo...
Traf. Ni mis canas,
ni mi consejo faltan à Pelayo.
Sé bien tu lealtad, sé bien tus sanas
intenciones, por eso te haces digno
de que yo no te calle una advertencia.
De los Principes siempre reverencia
los muy altos designios q̃ emprendieron.
Menos daño los Godos padecieron
quando en los baños de Toledo holgaba
Rodrigo con la Cava y sus amores.
Del cielo los decretos superiores
le hubieran castigado à él solamente.
Un vasallo usurpó la accion del cielo,
pues castigar al Rey toca à Dios solo;
y asi han llovido indiferentemente
desdichas sobre todos, aun mayores
que el daño à quien se dió venganza horrenda;
y siendo asi esto, oy que venera España
tal padre de la patria, Rey tan justo,
de corazon invicto no domado,
en las duras batallas enseñado,
esperanza y delicias de los suyos:
¡con qual extremo agradecer debemos,
un bien tan grande y tan divino al cielo,
que le costó cuidado el escogerle?

Fer. Tu dictamen, Señor, de mi fiel zelo
nada dista.
Tras. Lo sé.
Fer. Pero advertencias
con el debido obsequio no repugnan
à un vasallo leal. Pelayo piensa...

SCENA III.

Elvira y Ferrandez.

Elv. ¡Quién dará à mi Señora la defensa
que su desgracia necesita?
Fer. El cielo
no ignora mi cuidado y mi desvelo.
Si otro medio no es dable, en desafio
defenderé à Hormesinda y su pureza.
De una asta penderá la infiel cabeza,
y el morado albornóz de cifras lleno
bordadas por su mora, haré se rinda
por alfombra al estrado de Hormesinda.
Elv. La suerte aun ese alivio ha de negarte.

SCENA IV.

Elvira y Tulga.

Tulg. Munuza mi Señor, hácia esta parte
pensativo parece se retira,
quizá le aquexa algun gran mal; Elvira,
será en ti urbanidad el retirarte.
Elv. No me es desagradable huir su vista.

SCENA V.

Munuza y Tulga.

Tulg. No está finalizada la conquista
de la Iberia, Señor; de tus piedades,
¿quién creyera ser hijas este dia
la infiel obstinacion y rebeldía?
Mun. No sé con eso que decirme intentas.
Tulg. Gran Munuza, las prontas y violentas
execuciones en rebelde gente,
aseguran el Cetro solamente.
El inconsiderado atrevimiento
del vil pueblo, un catastrofe sangriento
le reprime tan solo, è insolencia
la excesiva piedad causa al cobarde,
pues juzga la piedad por cobardia.
De estos viles esclavos quien diria
que volviesen à unir los esquadrones,
haciendo ufanos de su gente alarde,
pues yá armados están! Nuestros parciales
nada me ocultan, ni ocultar quisieron
que à Pelayo por Rey reconocieron,
y tu muerte solicitos intentan
el morado pendon yá tremolando.
Mun. Qué dices, Tulga? Ese enemigo vando
de esclavos foragidos, infelices,
à quien su abatimiento y mi desprecio
los libertó de estar encadenados,
¿à tanto se atrevieron? Qué? Aun ignoran
que el poder mahometico triunfante
trastornó los Imperios de Levante;
y que excediendo à Mario, en la abrasada
Libia, y sus espantosos arenales
hicimos, à pesar de sus Dragones,
de Catón la gran marcha celebrada?
No miran el joyél de mi turbante,
y el real calzado, de su Rey despojos,
y baldon suyo, que de mis enojos
huyó aunque herido, (el bruto rebentado)
librandole la noche encapotada?
Si à España con exercitos armada
pusimos yugo en la cerviz altiva,
¿cómo podrá oponerse ya cautiva
al poder Sarraceno? Qué? Aun ignora
que una débil muger causa fué sola
de la infame cadena que oy arrastra?
Pues otra muger pérfida echa al cuello
de España los postreros eslavones,
y el triunfo me ha de dar su misma muerte.
Tulg. Cid Munuza: qué dices? ¿De qual suerte
tan dificiles máquinas dispones?
Mun. Oye, y admirarás mis invenciones.
Quando mi brazo y prevenida gente
inutil fuera, ò la ponzoña ardiente
dispuesta para el fin se malográra:
y quando la fortuna me estorbára,
que al cuchillo, ù al tosigo se rinda
la vida de Pelayo y de Hormesinda:
entonces, Tulga, quando parecia
que todo el gran proyecto se perdia,
le verás conseguir. Su mismo hermano,

ò

ò por ſentencia, ò por ſu propia mano,
la dará muerte fiera. Horror tan grande
ſupe aſtuto infundirle: no lo dudes.
Mas ſi ni eſto ſe logra, eſtá Zulema
pronto à matarla à todo rieſgo, y luego
ſabrá eſparcir la voz de que Pelayo
fué el barbaro y horrible fratricida.
Y eſta fama en los ſuyos eſtendida,
(la piedad infundiendo los rencores)
¿què eſperas q̃ produzca, ſino horrores,
eſcandalos, tumultos y alborotos
contra Pelayo? Y de el furor validos
en medio del motin de ſu vil plebe
equivocada, muerte le darèmos,
de ſus miſmos parciales ayudados.

Tulg. Prontos tendrás tus arabes ſoldados.

Mun. Aſi toda la Eſpaña ſometemos
al africano yugo, y les cortamos
la eſperanza de nueva Monarquía,
aun quando à tal aſpire ſu oſadía.

Tulg. Solo encargo, Señor, la diligencia,
(antes que el ciego vulgo ſe repare)
pues ella en las empreſas importantes,
principalmente el exito aſegura.

SCENA VI.

Munuza y Pelayo.

Pel. ¡Quán en vano en un pecho generoſo
los esfuerzos inutiles procuran
dar alientos à un noble y ofendido!
Munuza, amigo, ſi Pelayo ha ſido
digno de tu amiſtad, pues tantas veces
nueſtras deſgracias has compadecido:
ayudame à ſentir mi pena horrible,
y duelete del trance en que me veo.
O triſte preciſion! ¿Qué no es poſible
hallar medio en mi grande deſventura,
ſino es el ſer infame, ò fratricida?
¿Yo à mi hermana quitar la dulce vida?
¿Yo vivir por ſus hechos afrentado?
Terribles dos extremos! Dime, amado,
y amigo muy leal, ¿què executáras
ſi en tal conflicto como yo te hallàras?

Mun. Lo que debes hacer, Pelayo amigo,
por tierna compaſion no te lo digo;
pero lo que yo hiciera, eſto ſería.
En mi imaginacion yo fixaria
la auguſta y nobiliſima aſcendencia,
venerada de todas las naciones,
llena de lauros, triunfos y blaſones...
el clamor de la fama voladora,
el pundonor de un noble delicado:
con que poco ſe pierde lo ganado:
con que facilidad ſe recupera:
quan poco à un corazon heroico altera
ni el vinculo de ſangre, ni otras viles
paſiones vergonzoſas femeniles.
Quantos nobles exemplos dá la hiſtoria,
dando al alma valor con la memoria:
que infame q̃ es un Noble ya afrentado:
que heroico q̃ es un Noble ya vengado:
que poco al ofenſor nadie le debe:
que hazaña es el caſtigo de un aleve;
quãnto mas le cõviene à un godo hiſpano
ſer Noble heroico, q̃ afrentado hermano:
quanto el vencerſe à ſí...

Pel. Baſta, Munuza.
Què dices? Pues tan débil me imaginas,
que repare en eſtragos, ni en ruinas
por mi decoro? Morirá Hormeſinda
con eſta eſpada.

Mun. Lo que à ti te toca
ſabrás ſin duda hacer: como tu amigo
que ſoi, no debí yo ver un teſtigo
de tu deshonra: el complice perverſo
ſacrifiquè en tu honor con cruda muerte.

Pel. O fiel amigo! O cielos! De tal ſuerte,
que todo el mundo ya mi bien procura?
¿Y ſolo aumento yo mi deſventura
con piedad afrentoſa?... Ya eſtá dada
la ſentencia fatál.

Mun. ¡Quan generoſo
es tu pecho, Pelayo! ¡Qué glorioſo
te veré ſin tal mancha! Amigo digno
de Munuza, y entonces en tus ſienes
pondrè (mi juramento te lo abona)
de Aſturias y Cantabria la Corona.

ACTO IV.

SCENA I.

Pelayo, Hormeſinda, Ferrandez y Elvira.

Horm. No teneis que animarme: à los vencidos
no haber ya que perder, infunde aliento.

No

No puede ser mas grande mi tormento,
ni mi afrenta mayor. Pelayo, muera,
muera tu hermana, sí; pero siquiera
viva mi fama, y no con mancha indigna
de mi progenie ilustre, reputada
por vil muger: cobarde y desmayada
no me verás ahora: tu decoro
me anima para hablarte: no la vida
te pido, que aborrezco sin la fama.
Yo misma al opio, al hierro y à la llama
me entregaré gustosa; pero advierte,
q̃ à tu inocente hermana das la muerte,
creyendo en asesinos y traydores.
No son Tulga y Munuza mis mayores
enemigos: me ofende mas Pelayo.
Pelayo, ¿tú te acuerdas de la escuela
de nuestra dulce y suspirada madre?
Ay madre mia! Di, ¿de nuestro padre
desgraciado los santos documentos
que nos daba, olvidaste? Qué has creído
que los haya tambien puesto en olvido?
Juzgas q̃ aquella educacion y exemplo
faltó de mi memoria, haciendo agravio
à tus padres y mios, à ti propio,
y à mi que soi tu hermana, aunque infelice?
Lo que el vil, el traidor Munuza dice,
sin examen creiste: desgraciada
nací: la infame vida estimo en nada.
Mas no tendrás disculpa: cruel hermano
te llamará el alarbe y el christiano.
Terribles infortunios te amenazan
entre los moros: las reliquias godas,
reliquias de Tarif y el fiero Muza,
que esta montaña conservaba, todas
serán aniquiladas. Traicion grande,
sin duda hai contra ti: tendrè el consuelo
de que muero sin culpa: no se diga
jamás que hubo en la hermana de Pelayo
mancha, ni dolo, y digase que muero
por tu gusto: mas ay! como algun dia
sentirás con dolor la muerte mia,
y con remordimientos inmortales
juzgarás que las furias infernales
albergas en tu pecho, y la memoria
te atormentará horrible quando sepas,
que por creer la acusacion impía
de la canalla infiel mahometana,
(què horror!) mataste à tu inocente
hermana!

Pel. Valgame Dios! Què dices? Vive, vive,
mi hermana, mi Hormesinda, que no
puedo
tu llanto resistir.

Elv. Albricias, cielos!

Fer. Finalizaron ya los desconsuelos.

Horm. No à mi razon atiendas solamente,
mi inocencia sabrás de Trasamundo;
solo cierto será lo que él dixere.

Pel. Valgame Dios! Què dices? Muere,
muere,
desdichada muger, baldón y afrenta
de godos y españoles.

Horm. Qué? ¿qué es esto,
Pelayo? Aun hai mas penas?

Pel. Trasamundo
es tu mayor contrario. ¡Pues creias
que apoyase su honor tus demasías!
No cabe en la virtud: él, él intenta
que con tu sangre lave yo la afrenta
de los christianos, ni me dá à Gaudiosa
hasta que mueras tú, para mi esposa,
ni cómo era posible!

Horm. Ay Dios eterno!
Ah nuevo horrible, imprevenido golpe!
Armóse contra mi todo el Infierno.
Tambien esto? Esto solo me faltaba:
contra mi, Trasamundo? Quién creyera
tan repentino horror? ¿De quien fiaba
oigo tal? Donde iré? Pierdase todo:
vida vil! Ya no quiero honor, ni vida.
Por mi volverá el cielo. Ea, matadme,
q̃ el mundo infame y pérfido aborrezco,
porque con esto de una vez se acaben
(quando al cuchillo mi cerviz se rinda)
las horrendas desgracias de Hormesinda.

SCENA II.

Hormesinda, Trasamundo y Elvira.

Tras. ¿Qué alteraciones en vosotras miro?
Qué nueva confusion y sobresalto
vuestro semblante anuncia? No perdamos
la esperanza, Hormesinda, q̃ aun no todo
se anegó en Guadalete el valor godo.

Hor. No es tiempo de callar: ya q̃ yo muera
no juzguen culpa en mi la cobardia.

Trasamundo, Señor, ¡quien juzgaría
de vos tan gran maldad!

Tras. Precipitada
Hormesinda, qué dices?

Horm. ¿Qué esperabais
de mi fino lamentos dolorosos,
eternas y tristisimas querellas
por vuestro proceder tan no esperado
de vuestro exemplo, canas y prudencia?
Conoceisme? Sabeis mi alta ascendencia?
Sabeis mi pundonor? Y aunque lo diga,
mi honestidad, virtud, recogimiento
y régia educacion?

Tras. Lo sè, Hormesinda.

Horm. Pues en que os ofendí? ¿Porque sangriento
mi muerte procurais? ¿Tal se creyera
del justo padre en quien la patria espera?
Vos prometisteis del traydor Munuza
defenderme: mas yo quien me defienda
de vos ya necesito. ¿Tan infame
soy, que pedís mi muerte? ¿Qué delito
me originó tal ódio? ¿Soy yo acaso
la que llamó à los duros agarenos
de los altos alcazares de Ceuta
con el rojo peadon de Lunas lleno,
y à voces à embarcar los animaba
contra los godos en venganza ardiendo,
è incitando las armas espantosas,
que tan grandes desdichas nos trajeron?
Yo, misera infeliz, ¿qué desventuras
à los Godos causé? ¿Qué formidables
exercitos armé contra la patria?
Yo no traje à Tarif desde Damasco,
ni de Libia llamé al soberbio Muza.
Misera! ¿Qué hacer pude que incitase
contra mi tal furor en los christianos?
Yo lloré sus desgracias. No fué el cielo
por mis ruegos tambien importunado?
No imploré sus piedades? Ofendida
mas que yo quien habrá? ¿Quien de la suerte
sufrió mayor tormento? El vil Munuza
valido del conflicto, violentada
me desposó con ritos execrables.
(Tiemblo de horror diciendolo) Ah cuitada!
Moriré sin vengarme! Aborrecida
de los mios iré profuga y triste
à pedir el favor de los Infieles,
ò à morir entre barbaros crueles,
pues soi abominada, y Trasamundo
hasta verme morir niega à mi hermano
de su Gaudiosa la ofrecida mano,
queriendola dotar con mi inocente
sangre, pues juzga que su estirpe afrente.

Tras. Hormesinda infelíz, mal informada
muger, qué dices? Yo matarte intento?
Yo culpo tu conducta? ¿Yo me afrento
de tu sangre? Yo hacer nada en tu ofensa?
¿Yo dexar de morir en tu defensa?
¡Cómo es posible!

Horm. Es vano el disimulo:
Pelayo, sí, Pelayo, él mismo ahora
acaba de decirmelo, y el nombre
de Trasamundo le excitó los ódios,
q̃ à templar ya empezaba con mi llanto.

Tras. ¿Què nuevo asombro es este? Cielo santo!
Aqui hai gran mal oculto! Satisfecha
aun no está tu justicia, ya deshecha
en Campos de Xeréz con rabia impía
la goda triunfadora Monarquia?
¿Aun no con tanta sangre hemos pagado
del infelíz Rodrigo el gran pecado?
¿Què dura el justo enojo todavia?
Engañada Hormesinda...

Elv. Infanta mia,
Trasamundo, callad, que he divisado
à Munuza que viene.

Tras. Del malvado
quiero huir la presencia. Yendrè à verte.

SCENA III.

Munuza, Hormesinda y Elvira.

Horm. No quede à mi dolor ninguna suerte
de alivio que no busque. Despechada
tendré siquiera el frivolo consuelo
de insultar con furor à mi enemigo,
de furias implacables agitada.
En fin, Munuza, en fin...

Mun. Si despechada
me pretendes hablar, à solas quiero
satisfacerte, haz que se aparte Elvira.

Vase Elvira.

Hor. Ya nadie escucha. En rabia y mortal ira

arde mi pecho. ¿Estás, cruel, contento
con mi desgracia ya? ¿Quedó tormento
que no me hayas fierisimo buscado?
Engañar à mi hermano tu has logrado,
y hacerme aborrecible. El Dios eterno
de los christianos, à quien firme adoro,
y en quien espero, los castigos justos
por infamia te dé tan execrable.

Mun. Muger desesperada: aunque mas hable
tu pasion, no se ofende mi grandeza.

Hor. Tambien ese desprecio? Ay tal fiereza!
Pues tu quien eres? ¿Quáles tus acciones
son, sino infamias, robos y traiciones?
Quando entre arabes fuiste tu estimado?
Y entre los nobles godos què has valido?

Mun. Alomenos valdrè los q̃ he vencido.

Horm. Con infidelidad y alevosías.

Mun. Ya no puedo sufrir mas demasías.
Ahora sabrás à quien has ofendido.
Con inaudita especie de tormento
he de darte el mas barbaro castigo,
pues no oye ahora mi voz ningun testigo.
Conozco tu razon, sè tu inocencia,
que atropellé con impetu y violencia.
A tu hermano engañè, te lo confieso,
por lograr tus favores, y por eso
con fingidas promesas fué enviado
à Cordova, y allí à ser degollado.
No se logró mi intento. Por gozarte,
pues no hubo otro remedio, desposarte
logrè conmigo, aunque desesperada.
Pero tu, aunque conmigo desposada,
mi lecho abominaste: tal desprecio
paguè con tu descredito, y has sido
reputada por fragil: te ha adquirido
la infamia tu imprudente resistencia.

Horm. Viva mi honestidad en la presencia
del cielo, y tengame por delinquente
el mundo, por tu exceso temerario.

Mun. No fué exceso: ¿porque el favor no alabas
de servir el Señor de sus esclavas?
No te amè, y tanto bien tu le has perdido?
Qué mayor bien q̃ amor correspondido?
Corrido estoy, rabioso y despechado
de no haber tus favores conseguido,
aunque de ello en tu oprobio me he jactado.
Pues sufre mis enojos: de mi mano
digna te quise hacer, y me ultrajaste.
No advertiste quien fueras, y quiẽ eres?
A ser creyente hubieras ya ascendido
de la alta Religion del gran Mahoma;
y por fin, con el tiempo hubieras sido
quizá la principal de mis mugeres,
y à tu hermano mandáras como esclavo.
Imaginaste que tan necio fuese
que hablar primero à ti te permitiese
con lagrimas y extremos engañosos,
propios de vuestro sexo, acostumbrado
con ellos à triunfar, y me expusiese
à un desaire tal vez? Eso querias?
Ah, cómo ignoras las cautelas mias!
Desde los años de mi tierna infancia
aprendí con astucias y traiciones
el arte de engañar los corazones;
y sè, que al que se juzga poderoso,
la primera noticia impresion hace,
y es dificil borrarsela: excelente
virtud se necesita, que hai en pocos,
pues pocos imaginan que se atreva
nadie à engañarlos, ni q̃ serlo puedan.
Mira à quien ofendiste, desgraciada,
y no será (te juro) impunemente.
¿Quien te librará ya de mi venganza?
Tu mismo hermano (tanta confianza
de mi le persuadí) poder me ha dado
de que haga yo justicia à mi alvedrio.
No hai piedad, ni remedio: tu desvio
te costará la vida, y al instante
à una hoguera voráz con mil cadenas
serás llevada presa à quemar viva.

Horm. Cielo! esto sufres? ¿Fiera tan altiva
consientes en el mundo? ¿Para quando
guardas los rayos? ¡Quán abominable
maldad! Y què horrorosa! Detestable
politico infernal, feròz, injusto
autor de los delitos mas atroces,
pèrfido, de qual monstruo de las Sirtes
fuiste engendrado? O si pluguiese al cielo
que en las ondas se hubiera sumergido
con remolinos la maldita nave,
que pasó à las riberas españolas,
monstruo tan inhumano y tan horrendo!

Mun. Para tu pena y tu mayor tormento
vuelvo à decirte, que eres inocente;
pero

pero todos te juzgan delinquente,
y has de morir infame y despreciada
de los tuyos, y al fuego condenada.

SCENA IV.

Hormesinda y Elvira.

Horm. En fin, ¿què no hai remedio à mis desdichas?
Quien se vió en tal angustia?

Elv. Ay de nosotras
reducidas de nuevo à ser esclavas
entre barbaros fieros y crueles!
Adonde iremos, miseras cuitadas?
A que nos den por arras à sus moras,
à servir en sus baños deliciosos,
ò à labrar sus marlotas, y almaizares.

Herm. Oh! acabeme mi angustia y mis pesares!

SCENA V.

Ferrandez y Elvira.

Elv. Ferrandez, ¿es posible que à Pelayo
no podais disuadir? Que solo pende
de su yerro la vida de su hermana,
y aun la suya y la nuestra, y un tan leve
inconveniente causa tal desdicha,
tan facil de enmendarse y no se enmienda?
Nueva especie de pena y mas tremenda,
que si fuera la pena irremediable!

Fer. Què quieres q̃ en dolor tan lamentable
yo te responda, Elvira? Yo he fixado
carteles en que reto y desafio
al que acuse à Hormesinda; mas Pelayo
mismo lo estorba: dice que es impío
modo de hacer justicia echar la suerte,
ò en el mas venturoso, ò el mas fuerte.

Elv. Pues yo voi à morir con mi Señora.

SCENA VI.

Trasamundo y Ferrandez.

Tras. Ferrandez, tu lealtad conozco ahora:
Quién lo hubiera pensado! Nos perdemos.
Ya el gran palenque y grande hoguera vemos,
(horroroso cadahalso de Hormesinda)
en la llanura proxima que linda
con el muro; allí tiene cruel Munuza,
esquadrones de yeguas africanas,
sus tostados Langetes y Barragis,
con adargas de Fez resplandecientes,
aljubas, y alquifaes de escariata
están sobre las armas: à los cielos
sube la llama. Niños y doncellas
tímidas, los ancianos y matronas
suspiran con silencio, pues los moros,
à los que oyen llorar los alancean.
Y culpan à Pelayo de sus lloros,
pues publica el pregon que asi lo manda.

Fer. Qué esto se sufra! Una Española Infanta
morir asi? A los Principes se debe
advertir quando acaso se equivocan,
lo que es mui cierto q̃ saber quisieran.
Quien debe y puede, ofende si lo calla.
No hace el vasallo al Rey otros favores,
sino avisarle humilde lo que ignora.
El modo hace rebeldes y traidores,
que los consejos no. Quando es preciso
los vasallos leales de rodillas
advierten à su Principe llorando,
y él lo agradece. Están los españoles
esentos de sospecha; y no à sus Reyes
solo veneran; sino aun al Tyrano:
responda Juba y Cesar el Romano.

Tras. Mas es Padre q̃ Rey un Rey de España.

Fer. Pues de rodillas quiero, que le engaña
Munuza el vil, con lagrimas decirle,
y haga entonces su agrado, q̃ à servirle,
y à obedecerle nadie irá mas presto.
Vamos, Señor, al punto.

Tras. Mas qué es esto?
Qué confusion! Qué estrepito se escucha!
¿Qué inquieta y dolorosa vocería?
Ya oigo el rumor del pueblo, ya vecinas
se oyen las armas, y aun lucir las veo:
ya suenan herraduras de caballos,
y à lo lexos el son de las sordinas. *ruido.*

ACTO V.

SCENA I.

Salen Tulga y Trasamundo.

Tulg. Nada Munuza obró que con Pelayo
antes no consultase: asi de justo

logró el renombre, y de Pelayo ha sido
por eso en tal reputacion tenido.
Y es ir contra Pelayo el que à Munuza
repugne.
Mun. Qué es aquesto? Dí à Pelayo, *saliendo*
q oy verá mi amistad, q oy se establezcan
entre nosotros las propuestas paces
con pactos ventajosos.
Tras. Y Hormesinda
donde está?
Mun. A mi me toca ese cuidado.
Haré lo que su hermano me ha rogado.
Tras. Voi temblando y confuso. *Vase.*
Tulg. Está dispuesto
quanto encargaste: el fuego, la ponzoña,
las tropas, los amigos, las veredas,
los pasos, los caminos, las celadas,
los rumores, promesas y zizañas...
Todo está, nada falta.
Mun. Pues al punto
entren à esa infelíz encadenada.

SCENA II.

Hormesinda con prisiones, Elvira, Zulema, Tulga, Munuza, Guardias de moros y algunos christianos con grande aparato.

Horm. Ay infelíz muger! Ay desdichada!
Mun. Escuchad, Moros. Atéded, Christianos.
No juzgueis mis decretos por tiranos,
pues yo mas q vosotros me enternezco
de tan triste espectaculo y tan tierna
juventud malograda y hermosura.
Yo la contemplo una inocencia pura;
¿mas qué he de hacer? Su hermano à voces clama,
que la entregue à voráz y ardiente llama.
Quizá tendrá motivos que le impelen.
Yo protestando al nombre sacrosanto
de Miramamolin y el gran Mahoma,
en su nombre executo la justicia,
las ordenes cumpliendo de Pelayo.
Zul. Tu compasion y rectitud admira.
Elv. Señora! Ay de nosotras!
Horm. Solo es tiempo
de convertir ya en merito la pena.
Elv. Ay qué desdicha! Ay muerte de horror llena!
Horm. En fin q ni mis ruegos ni mi llanto,
ni mi llanto tristísimo è inutil,
ni mis tiernos suspiros arrancados
con profundo dolor de mis entrañas,
ni el transito fatál en que me veo,
cercada de congoxas y de angustias,
ni mi razon, ni mi inocencia al cielo
pudo apiadarle! ¡Ay qué dolor terrible
me oprime el corazon! ¿A quién los ojos,
los tristes ojos de llorar cansados,
tanto tiempo en los cielos enclavados
sin fruto, volveré? Por todas partes
la imagen espantosa de mi muerte
miro en vision horrenda: en vano fuerte
me intento hacer. Soi debil muger flaca,
de inumerables penas combatida:
mil enemigos mi inocente vida
tiene sin culpa. ¡Ay barbaro tormento!
Infelíz Hormesinda! Ay desdichada!
Adonde voi? Qué haré? Precipitada
en un abismo de ansia y desconsuelos
(qué pena!) estoi: valedme, santos cielos!
Elv. Ay Dios! Ah España! ¡Ay miseros christianos!
Horm. Ay! El mas infeliz de los hermanos,
q esto quieres Pelayo! Ay! Si me vieras!
Ay! Cómo acaso ya te enternecieras
en ver à tu inocente hermana triste
en tal angustia y trance! Ay! ¡Y nacida
de las mismas entrañas que naciste!
Donde estás q no me oyes? O christianos!
Llevadle mis suspiros postrimeros,
decid que su ignorancia le perdono,
que resignada por su gusto muero,
que solo siento el lance temeroso
quando se desengañe. Ay! Quantas veces
repetirá mi nombre pavoroso!
¡Qué grãde horror le espera! Dios eterno,
voi à morir cargada de cadenas.
Dadme en este conflicto fortaleza:
sirva mi muerte de expiar la culpa
de España, y pague solo mi cabeza.
Un Christ. ¡O trance horrible! ¡O barbara fiereza!
Tulg. à Mun. Fortuna nuestro intento favorece.
Horm. Mas ya q muera, si algo te merece
Hormesinda, Munuza, pues mi hermano
te

te fué leal, pues fuí de tí querida,
que me dés te fuplico, no la vida;
fino la muerte menos rigurofa.

Mun. Qualquiera muerte es una mifma cofa.

Herm. Pues muero yo, publíca mi inocencia.

Mun. Executad al punto la fentencia.

Horm. Ser una hermana por fu mifmo hermano
fentenciada à morir! Y fin delito!
¡Y à fu enemigo pérfido entregada!
Qué atrocidad! O cielo! Ay defdichada!

Mun. Vé, infeliz, à morir, y haz con tu vida
inutil facrificio à tu Profeta.

A las Guardias.

Y vofotros guardad el gran fuplicio,
hafta fer à cenizas reducida.

SCENA III.

Tulga y Pelayo.

Pel. Trifte imaginacion! Qué combatida
de funeftas idéas! ¿Mas qué eftruendo,
y rumor de la plebe enfordecido
turba los muros de la antigua Gigia?
Tulga: es Munuza fiel? Me he equivocado
en el juicio que de él tengo formado?

Tulg. Efo dudas, Pelayo? Vendrá ahora
à firmar los tratados de alianza,

SCENA IV.

Trafamundo y Pelayo.

Traf. Gran Pelayo, fiel y ultima efperanza
de la infeliz Efpaña que ya efpira:
qué es efto q̃ nos pafa? En qué defgracias
vamos precipitandonos?

Pel. El Cielo
afi lo permitió: con menos fuertes
remedios no es pofible que fe cure
mi pundonor herido y mancillado;
y aun doi gracias al Cielo, pues me ha dado
tan grande amigo, que à fu cargo tome
mi deshonor y à fu venganza acuda.
Munuza, el fiel Munuza...

Traf. El fiel Munuza?

Pel. El fiel Munuza, sí: qué te fufpende?

Traf. El fiel Munuza? O cielos! ¿Con que entiende
Pelayo que Munuza, el vil Munuza
es fu amigo?

Pel. Pues qué? De lo que digo
nadie fe admirará.

Traf. Séme teftigo,
ò Dios, que lo ves todo, que Munuza
es alevofo, es pérfido enemigo...
Sé que engañado vives: él foberbio
facrifica à Hormefinda à fu fiereza.
El es facinerofo: ella inocente.
La lealtad de Efpaña es obediente,
y aun con importar tanto, dilataba
defengañarte, porque te enojaba.

Pel. Trafamundo, no adules mi defeo
con nuevos impofibles: fi afi fuera!
Mas ay! q̃ es muy cruel mi fuerte fiera!

Traf. No es cruél, es benigna, el cielo quiere
volver por la inocencia de Hormefinda,
fin caufa perfeguida: defpechado
Munuza de haber fido defpreciado,
conociendo tu honor, te habló primero
que otro te hablára, para que fevero
la dieras muerte, y ódio te adquirieras
de tus chriftianos, y acabar con todos.
Yo, Gaudiofa, Ferrandez, y los Godos
todos lo faben; folo tú lo ignoras.

Pel. ¿Con q̃ fueron fus maximas traydoras?

Traf. Treidoras, y à tu muerte dirigidas.

Pel. Pues dime: y eftas letras?...

Traf. Son fingidas
por mano infame del falfario Tulga.
Lo sé... Y la trama y pérfido artificio...

Pel. Trafamundo: es verdad?

Traf. Pues aun lo dudas?
Dios Sacrofanto, que con infinita...

Pel. Sufpende el juramento: y mi inocente
hermana dónde eftá?

Traf. Con fus doncellas
juzgo que eftá llorando recogida,
efperando la muerte por inftantes,
para lo qual fe la entregafte al Moro.

Pel. Yo al Moro la entregué? Yo... Qué...
Qué dices?
Tanta vileza en la foberbia hifpana
fuera pofible... Dónde eftá mi hermana?
Voy à abrazarla, y voy con penetrantes
he-

heridas à matar al falso amigo.
Es verdad? O me engaño?

Tras. Lo que digo,
Dios eterno, confirmalo.

Pel. No estorbes
mis venganzas, Señor, con detenerme.
Oh! ¡què funesto, y què terrible dia
es este para mi de mi llegada!
¡Qué tanta infamia estaba preparada!
Suelta, Señor. *Deteniendole siempre.*

Tras. Pelayo, los furores,
la precipitacion, ni la violencia
no lo remedian: solo la prudencia
puede valer quãdo el contrario es fuerte,
y si te precipitas, nos perdemos. *Deten.*

Pel. Eterno Dios! Qué dices? Me horrorizo.
Oh, Pelayo infelíz! Ay de mi triste,
hombre inconsiderado, y sin sentido!
Ay Dios! Qué iba yo à hacer? ¿En un momento
quanto comprendo q̃ ignoré hasta ahora?
¿De què sueño profundo yo despierto?
Qué horror! Ah vil Munuza! Ay Hormesinda
mi hermana! ¡Mi querida y dulce hermana!
Presago el corazon me lo decia.
Injusto fuí en creerte yo culpada.
Yo tomaré venganza tan horrenda
de tu agravio, que al fin le satisfaga.
Y juro por las almas generosas,
que dexaron los cuerpos insepultos
ya blancos esqueletos, à la orilla
de el infausto y sangriento Guadalete,
que si una muger fuè la desventura
de España, otra será quizá la causa
de ser la mas triunfante Monarquia,
que à pesar de la tierra y mar profundo
se iguale con los terminos del mundo.
¿Dónde mi hermana está?

SCENA V.

Gaudiosa y dichos.

Gaud. Traícion hai grande.
Zulema, del amor que me ha tenido
barbaramente ciego, no ha podido
un secreto callar. Que no bebiese
del vino me encargó, que se ofreciese,
quando jureis las paces.

Pel. Ah traidores!
¿Dónde mi hermana está? *Quer. irse.*

SCENA VI.

Ferrandez y dichos.

Fer. Creyó que fuese
facil, el vil Munuza, hacer odioso
su Principe à los claros españoles.
No le valdrá su infamia: rodeados
de Tropa estamos ya por todos lados,
por traícion de los Moros.

Pel. Al instante
acudid à las armas. *Deteniendole.*

Tras. Calla, Infante.
No son esos estremos tan precisos,
ni andubieron los tuyos tan omisos,
que no estén prevenidos à la muerte
por librar à tu hermana y defenderte.
De Pedro, Duque de Cantabria, el hijo
está avisado: espera, porque à veces
no es lícito en la guerra errar dos veces.
Pues si el golpe se logra como espero,
contra el Africa vil, de la montaña
rugiendo baxará el Leon de España.

Pel. ¿Dónde mi hermana está, q̃ no la veo?
Voi à buscarla aunq̃ se oponga el mũdo.

Tras. Disimula un instante, porque creo
que aqui va à echar el resto la fortuna.
Vase Pelayo.

SCENA VII.

Zulema y Munuza con grande acompañamiento y dichos.

Mun. Oy se ve llena la Agarena Luna
de Gijón en la Torre envanderada.
Oy la paz y alianza confirmada
se verá entre los Moros y Christianos.
Yo ha è justicia indiferentemente
en nombre del Califa soberano.
Entre unos y otros oy establecemos
la confederacion con firmes pactos.
Con finezas, con dadivas y estremos
la amistad se confirme: oy brindaremos,
y en señal de la fé que os he jurado,
tan recta es mi justicia, que forzado
mi corazon piadoso, è informado
por Pelayo, que muerte merecia
su triste hermana, en este mismo dia,
dan-

dando de mi virtud insigne muestra,
sin distinguir personas, Juez severo,
abandonando aquello que mas quiero,
la sentenciè à quemar. Ya executada
estará la justisima sentencia.

Tras. Cielos, què escucho?

Fer. Cómo tal violencia?

Mun. Esperad à Pelayo.

Gaud. Ay desdichada!
Hormesinda infeliz! Ay malograda!
Ay dulce hermana, y compañera mia
en todos mis trabajos! ¿Esto habia
la suerte reservado à tu hermosura?

Fer. Pierdase todo.

Tras. Nada se aventura.

Mun. Teneos, ò mis Guardias... Mas qué
es esto?

SCENA VIII.

Pelayo trayendo à Tulga trepa de Cantabros, Asturianos y dichos.

Pel. Esto es, infame, haber ya conocido,
por la vil confusion de un fementido,
tus traiciones. Aí tienes al malvado
digno Ministro tuyo: ya ha apurado
por fuerza el vaso que me preparabas.
De los terribles godos esperabas
otras dadivas que estas, alevoso?

Mun. Arma, arma, mis Alarbes y Africanos.

Pel. Arma, Cantabros mios y Asturianos.

Ruido de guerra, y entranse riñendo.

Mun. Arma. *Entrandose.*

Tulg. Indigno Munuza, de tal dueño
y tal servicio, premio tal se espera:
con desesperacion ardiendo muero.
¡El corazon de angustia se me arranca!
¡Ay què dolor tan barbaro me oprime!
Mil vivoras me muerden las entrañas.
Vase cayendo.

SCENA IX.

Elvira y Gaudiosa.

Elv. Ay infeliz! Gaudiosa. Ay desgraciada!
Los barbaros verdugos de mi amada
Señora me arrancaron. Què suspiros!
Què llantos! Què ternezas! Què afligida!
Què muerta! Ay què terrible despedida!

Gaud. Què es esto, Elvira? Ay cielo! ¿A
tal extremo
la desdicha llegó de los christianos?
¡Ay esperanzas y deseos vanos
de nuestra libertad! Mas dime... cómo...
¿Porquè à Hormesinda tan desamparada
dexaste en tal angustia? Dí, el malvado
precepto habrá ya sido executado?

Elv. Ya los ojos hermosos la vendaban,
y à la hoguera voráz ya la acercaban,
cuyo estallido y fuego conociendo
tembló, y tiernos suspiros dolorosos
de nuevo se escucharon. Yo apartada
fuí con violencia, y à buscarte vengo,
y à ayudarte à llorar.

Gaud. Pero què escucho?
¿Què estruendo de armas y rumor con-
fuso?
Què roncos atabales y bocinas
acercandose vienen? Qué lamentos?
¿Qué asombrosa algazara y voceria?
Ay triste España! Oy es tu postrer dia,
mas fatál que en Xerèz! Ay de nosotras
expuesto el cuello al damasquino alfáge!
Ay cielo santo! ¡Y què terrible trance!
Ya hasta aqui llegan: Ay! Aparta Elvira.
Moros y Christianos riñendo dentro.

Un Chr. Oy ya la España, ò barbaros, respira.

Un Moro. Desde oy sereis con yugos mas
pesados
conducidos à Syria encadenados.

Gaud. Elvira. ¡Ay de nosotras infelices!
Mas quièn, ò Cielos! viene aqui?

Elv. Què dices?

SCENA X.

Hormesinda con las cadenas rotas, Gaudiosa, Elvira y sequito.

Gaud. Què veo? Es ilusion? Cómo! Hor-
mesinda!

Horm. Dexad q̃ gracias à los Cielos rinda
por tal bien: puedo apenas explicarlo:
la providencia asi quiso ordenarlo.
Ya la hoguera fatál me amenazaba,
quando veis alli à Alfonso que llegaba
con sus Ginetes: el gallardo Alfonso,
hijo de Pedro, Duque de Cantabria.
¡Què sangrientò combate! Què terrible!
El rompió mis cadenas: sorprendidos
huyeron los infieles...

SCENA XI.

Trasamundo apresurado, dichos y Christianos.

Tras. Ya vencidos
quedan los Moros con horrible estrago,
y el barbaro Munuza, que esforzaba
la obstinada defensa, de Pelayo
vió espantado brillar la ardiente espada.
Se embisten ferocisimos. Qué asombro!
Qué espantoso combate! Al fin el Moro
blasfemando colerico y tremendo,
dió un gran gemido, y con horrenda herida
midió la tierra el barbaro espantoso,
mordiendola rabiando en sangre tinto,
rebolcandose inquieto y con visages,
quedando abominable y horroroso,
con presencia infernal, yerto cadaver.
Gaud. Justisimo castigo, y no venganza.

Saca un Christiano la cabeza de Munuza clavada en una lanza.

Tras. Veis la horrible cabeza en esa lanza
manando sangre, y arrastrando el cuerpo,
con ignominia lleva el vulgo al fuego,
q̃ antes para Hormesinda fué encendido.
Tod. Albricias! Qué ya el Cielo se ha apiadado.

ESCENA XII.

Pelayo, Ferrandez y dichos; y Christianos con espadas desnudas.

Pel. ¡Perdonas à un hermano, que engañado
con tanto indicio, aunque por tiempo breve,
dudó de tu virtud?
Horm. Hermano mio... *Abrazase.*
Pel. Digna de ser hermana de Pelayo.
Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana amada...
Qué logro verte viva y verte honrada!
Horm. ¡En qué peligro estube!
Pel. Destilando
viene aun mi espada la caliente sangre
de tu enemigo. ¿Veisla aun exalando
el ultimo vapor?
Horm. Dios Soberano
volvió por mi inocencia.
Pel. Pues lo allana
todo el cielo, marchad à Cobadonga.
Desde alli la conquista se disponga
de España, y escarmienten los Tyranos,
y en su prosperidad no estén ufanos.
Ni jamás desespere el inocente,
pues Dios hace justicia; y si enojado
nos castigó en Xerèz, ya se ha apiadado.

CORO.

O si pluguiese al Cielo
que Pelayo lograse,
como ha logrado esta felíz hazaña,
la mas gloriosa de librar à España!

FIN.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó, Impresor y Librero, en la Libretería.